

Gustavo Puerta Leisse

Leer el belén

Entrevista a Antonio Basanta

En la colección de belenes de Antonio Basanta no sólo vemos reflejada en cada una de sus piezas, la cultura en las que han sido creadas, un sustrato simbólico que subsiste a pesar de las distancias temporales y geográficas o incluso, la sensibilidad y los aportes personales del artesano que les dio vida o la de quien monta año tras año el belén en su hogar. En el conjunto de belenes que conforman la colección Basanta también hallamos reflejado al coleccionista.

Ⓜ ¿Cómo surge la necesidad de coleccionar belenes?

Surge de una manera inesperada, improvisada y espontánea. En las fechas de Navidad era tradición que en mi familia, como en tantas otras, se montaran belenes.

Yo cumplo años el 25 de noviembre y recuerdo que tenía diez cuando, con el dinero que me acababa de regalar mi padrino, acudí a toda velocidad a la Plaza Mayor a comprarme unas sencillas figuritas de cacharrería de taller murciano, cuyo autor afortunadamente sigo conservando en mi colección. Éste fue el arranque de esta afición personal.

Ⓜ Si en casa un niño ya tiene un belén familiar, ¿qué lo lleva a desear tener uno propio?

En el momento de montar un belén, uno es el creador. En el fondo es como tener la facultad de crear un mundo propio. A partir de la composición de

unas determinadas figuras, uno parece sentirse como el protagonista del Génesis: en el belén tú creas el agua, la tierra, la luz... Creas todo un mundo con el que, además, eres capaz de expresar un conjunto de emociones personales.

Algo que me parece excepcionalmente importante para entender el fenómeno del belén, y casi del Arte en general, es la mirada limpia de la infancia. Un belén no se mira con los ojos de la córnea y la retina. No, se mira con los ojos del corazón. Un belén es básicamente una emoción, un viaje a veces en el tiempo muy profundo, o al menos así es como yo lo vivo y como lo recuerdo de mi infancia.

Ⓜ ¿Cómo se fue creando la colección?

En mi vida profesional –fundamentalmente en mi etapa de editor– tuve que viajar frecuentemente a los lugares más remotos del mundo y me sorprendió mucho encontrarme con que el belén, que yo suponía exclusivamente ceñido al arco mediterráneo, era una expresión artística muy presente en prácticamente la totalidad de los lugares a los que acudía.

La colección fue formándose, insisto, de una manera improvisada: al principio me atraía emotivamente el ir adquiriéndolos y, después, fui entrando –ya de una manera más consciente– en el desarrollo de una colección. Una colección con la que pretendo

básicamente mostrar dos cosas: la universalidad del fenómeno y su actualidad.

Ⓡ ¿Ud. considera que goza de actualidad la tradición del belén?

Frente a una primera visión en la que se podría pensar que la expresión artística del belén está en franco retroceso o desaparición, resulta ser todo lo contrario. El belén más bien se encuentra en una expansión continuada y esto se debe a que permite expresar infinidad de registros que van más allá del propio registro religioso, que es el que inicialmente lo origina.

Antropológica o etnográficamente, por ejemplo, el belén documenta el espacio en el que nace y en él se reflejan de una manera absolutamente maravillosa costumbres, hábitos, vestimentas, jerarquías, relaciones sociales, tradiciones y simbologías antiquísimas. Se trata de elementos cuyo significado a veces los artesanos se pierden, pero aún así siguen reproduciéndolos.

Ⓡ Con independencia del registro religioso, del antropológico o etnográfico, ¿conserva el belén un valor simbólico?

Lo que el belén simboliza es una etapa especialmente interesante que subyace a todos los ritos y rituales que hay en torno a la Navidad. Al fin y al cabo el belén no es sino un heredero de las propias artes escénicas, como pueden ser el belén viviente o las antiguas representaciones escenográficas en torno a las pretendidas reliquias de la cuna de Jesús. Estas representaciones, que se llevaron a cabo tanto en los ámbitos eclesiásticos como en los no eclesiásticos, posteriormente fueron prohibidas, probablemente debido a que a las escenificaciones de carácter sagrado se fueron interpolando toda una serie de elementos profanos.

En el momento en el que la Iglesia prohíbe la actuación de las personas concretas en torno al ciclo de la Natividad, es cuando se empiezan a utilizar imágenes que pertenecían a los retablos o a la decoración de las propias iglesias. Así fue cómo surgieron esos

juegos con figuras de bulto redondo en los que ya se halla el belén.

Ⓡ ¿En qué consiste ese valor simbólico del que venimos hablando que el belén recoge?

En el belén se recoge un aspecto central de la tradición navideña cristiana y éste es el encuentro de lo contrario: es el encuentro del día y la noche, del frío y el calor, de la risa y el llanto, de la virginidad y la maternidad, del hombre y el dios... Es magnífico que justamente ese encuentro permanente de contrarios es lo que en el fondo da base a la propia religión cristiana. Por eso, por ejemplo, en territorios como Venezuela o México es muy frecuente la aparición del sol y la luna como los dos elementos astrales que, igualmente, marcan el encuentro de los contrarios del belén. Por eso, también en el belén coinciden los pobres (los pastores) y los ricos (la representación de la aristocracia en los Reyes Magos).

Ⓡ Podemos decir entonces que el belén recoge la cosmovisión del cristianismo.

El belén es, en primer lugar, el encuentro de los contrarios y, en segundo lugar, es el intento iconográfico de recoger una situación que nunca antes se había planteado en las mitologías precedentes, a saber, ¿cómo contamos la historia de un dios que si bien tiene una naturaleza divina es en su carácter de extraordinaria pobreza y humildad?

Eso es algo nuevo que rompe con todas las tradiciones mitológicas anteriores. Habitualmente los dioses siempre vienen cargados de poder y absolutamente rodeados de riqueza. Pero en este caso es justo todo lo contrario, así que desde el principio hay una intención muy clara de enfatizar en aquellos aspectos que destaquen la pobreza del dios que acaba de nacer. A eso obedece su desnudez y, al mismo tiempo, esa desnudez favorece el que podamos ver a un dios que tiene forma humana. A eso también obedece, y me parece que es una lección hermosísima, el hecho de que sean una mula y un buey los

“Lo que el belén simboliza es una etapa especialmente interesante que subyace a todos los ritos y rituales que hay en torno a la Navidad”

únicos animales que acompañan el Nacimiento divino.

❶ ¿Por qué la mula y el buey?

En aquellos tiempos el buey y la mula ocupan los lugares más inferiores de la jerarquía animal, ya que son estériles en una sociedad donde la fecundidad es un elemento primordial. El buey, por castrado, y la mula, por híbrida, no pueden tener descendencia pero son los dos únicos animales que realmente pueden acompañar y dar calor al fenómeno del Nacimiento. Es la reivindicación, a través de la iconografía, de los humildes. A los más humildes, a los más menesterosos y a los más marginados justamente a los que esta religión pretende llegar.

❷ Aquí vemos un ejemplo de la coincidencia de los contrarios de la que nos hablaba, coinciden en el belén los más humildes junto a los Reyes Magos.

Sí, en el belén coinciden los pobres y los ricos. Se representa a la aristocracia en los Reyes Magos, que son sabios de Oriente (curiosamente de Oriente, es decir de la parte del Edén donde estaba teóricamente el Paraíso), junto a los más menesterosos, que son los representantes de los plebeyos. Y unos y otros acuden al belén en el orden jerárquico que establece la Edad Media: cuando se corona a un rey primero acude a rendirle la pleitesía el pueblo llano y por último los grandes nobles. Es lo mismo que ocurre en el belén.

❸ La representación de los estratos sociales más pobres en el belén me hace pensar en San Francisco. Tradicionalmente se le atribuye a él la invención del belén.

Aunque se dice que es el primero, yo no lo creo. Previamente están esas representaciones escénicas a las que nos hemos estado refiriendo. Lo que sí es cierto es que a partir del año 1223 Francisco establece la costumbre de realizar una escenificación en torno al momento del nacimiento de Jesús. Y este hecho es determinante para la posterior expansión artística del fenómeno del belén.

❹ Más allá de la autenticidad o no de su autoría, es significativo que la tradición le atribuya a este santo la creación del belén.

Yo siempre digo que los santos son santos *a posteriori* y a mí lo que más me interesa son sus inicios. Ni siquiera

se llamaba Francisco, pues Francisco (*el francesito*) era su apodo y se debe al origen de su madre. En todo caso, lo que él hace es una auténtica revolución al plantear desde el mundo de los laicos (porque Francisco nunca se ordena sacerdote) una revisión profunda de las tesis originales del cristianismo en contra de la interpretación institucional de la Iglesia.

San Francisco reivindica el valor de la pobreza y de la humildad junto el valor de la sintonía y de la armonía del mundo con la Naturaleza (en ello apreciamos el hombre del prerrenacentista que él fue). Efectivamente, todos estos aspectos quedan reflejados en la imagen del nacimiento de Jesús que son escenificadas en sus representaciones y que recogerá el fenómeno del belén.

❺ Además de los franciscanos, ¿qué otras órdenes participaron en su difusión?

Franciscanos, jesuitas, dominicos y teatinos son las órdenes que más influyeron en la extensión del belén. Cuando la Iglesia percibe que producía una auténtica fascinación, lo aprovecha para explicar didácticamente sus contenidos y lo utiliza como recurso catequético.

Estas órdenes, de las cuales dos son de fundación española, hacen que la expansión del belén sea muy amplia. Los jesuitas de una manera muy especial en el ámbito de Centroeuropa, donde hay unas tradiciones belenísticas bien interesantes. Y los franciscanos y los dominicos en el área de América.

❻ ¿Qué diferenciaría, por ejemplo, a un belén jesuita de uno dominico?

Casi las mismas diferencias que tienen las órdenes en sí.

❼ ¿Cómo se ve reflejado eso?

En el belén todo es lo que es y al mismo tiempo lo que representa. Nosotros hemos perdido esa dimensión simbólica y cuando hoy nos aproximamos a un belén tendemos a verlo como si fuera un documento de época. Pero nos faltan los enlaces simbólicos.

Este aspecto explica, por ejemplo, por qué a partir de la Edad Media y prácticamente hasta el barroco fueran tan desproporcionados en escalas (lo que para ellos era poco importante), mientras que sí le atribuían gran importancia a que apareciera un puente, un pozo, una lavandera, una fuente...

porque eran los elementos básicos que permitían hacer el juego simbólico y establecer la narración al completo.

Volviendo a tu pregunta, diríamos que el belén franciscano es el de mayor humildad: es el más reducido en tamaño, el que está compuesto por un menor número de piezas, el menos rico en la ornamentación. Lo que en él prima es el valor simbólico de los elementos y no el valor real de las piezas. Se ciñe al espacio concreto de tres elementos simbólicos: la gruta, la cueva o el establo. La gruta nos conecta con el centro de la Tierra, con la Tierra como origen de la vida, con la Pachamama. Mientras que la cueva y el establo nos conectan con otros dos elementos simbólicos diferentes.

El belén de los dominicos es el que plantea la extensión social. Es el belén en el que se regula que en torno al nacimiento exista todo un conjunto de elementos que van componiendo una determinada significación y esa significación tiene, como antes decía, un valor simbólico.

La lavandera, que todos la ponemos en el belén sin saber cuál es su significado, es la imagen del cristiano que lava el pecado en el río de la vida; o en la pieza del molinero que se va a moler para dar lugar al pan, el pan es el símbolo a partir del que organiza después toda una interpretación cristológica: el alma (la harina) de la que procede después la sagrada forma a la hora de la comunión.

Los jesuitas introducen el elemento de la ornamentación: la riqueza y el valor que las piezas deben llevar. En su deriva continuada termina plasmando un fenómeno como el del belén napolitano. Un siglo más tarde, lo que empezó siendo un elemento de ornamentación en las piezas más aristocráticas del belén (que básicamente se ceñía a los Reyes Magos y a la cabalgata) luego inunda la totalidad de las piezas. El belén napolitano se convierte así en una auténtica obra de arte, de orfebrería y de riqueza, excepcional en todos los sentidos.

Esas serían las tres diferencias: franciscanos, el belén más sencillo, más ceñido en torno al propio momento del nacimiento de Jesús y con pocos personajes; dominicos, la incorporación de un conjunto de personajes que van, cada uno de ellos, aportando un valor simbólico; y jesuitas, la ornamentación del espacio, del escenario y simultáneamente de las vestimentas de los personajes.



Ⓡ Para empezar un repaso por las figuras del belén, me interesa uno de los personajes más marginados del cristianismo: José.

José es una figura muy interesante cuyo significado varía en la medida en que la religión cristiana va entrando en los territorios del dogma y su punto de vista se va alejando de una visión humana para entrar en una visión ultraterrenal. A partir de que la Iglesia experimenta esta transformación, le incomoda la posibilidad de que la concepción de Jesús sea humana y, consecuentemente, tiene que romper aquel vínculo que puede establecerse entre una pareja de campesinos. En este sentido, no olvidemos que la virginidad de María es un tema tardío que no fue planteado en los primeros tiempos del cristianismo, pues la primera Iglesia ni lo reconocía ni lo necesitaba.

Pero la virginidad de María no era suficiente. La Iglesia también tenía que hacer desaparecer a José.

Para enfatizar que no ha podido ser el padre de Jesús se le representa como un anciano.

Según las últimas investigaciones, la diferencia de edad en la pareja no sobrepasaría los ocho o diez años. Es decir, María debía estar en torno a los dieciséis o diecisiete y José en torno a los veinticuatro. Lo cual quiere decir que José era perfectamente capaz de tener hijos. Pero la Iglesia lo envejece para tratar explicar que, aunque él lo hubiera querido, biológicamente no hubiera podido reproducirse.

La Iglesia no solamente hace desaparecer a José sino que en cierto modo lo castiga. En mucha de la iconografía medieval y renacentista es una figura torva, alejada del fenómeno de la Natividad que o bien recuenta los tesoros que traen los Reyes Magos o mira con extraordinaria desconfianza la escena.

También José es castigado en la tradición popular de nuestros villancicos. Del único personaje sagrado del que se hace mofa es de José: le roban los calzones, le tiran de las barbas... Éste es el último resquicio de una tradición en la que a José se le pone permanentemente en duda. ¿Por qué se le pone en duda? Porque durante un tiempo José no cree la concepción que su mujer dice que está teniendo. Más allá de que el hecho es como para dejar perplejo a más de uno: que tu señora te diga que está embarazada del espíritu divino y que tú no has participado... Hay un tema todavía mucho más importante y es que

José, como buen judío que es y que sigue las tradiciones judías, sabe lo que hay que hacer en esas circunstancias: sabe que tiene que denunciar a su mujer ante el tribunal, que tiene que repudiarla y que en tal caso su mujer sería lapidada. Ése es el verdadero sufrimiento de José: ni es la duda, ni tiene que ver con el de dudar sobre el valor espiritual de la concepción sino lo causa el saber qué le puede ocurrir. Ese es su drama.

La Iglesia no ha enfatizado en el verdadero sufrimiento de José, que lo hace tan humano y tan cercano a nosotros. Sin embargo, ese sufrimiento se recoge en la tradición belenista

“La primera tradición nunca muestra al niño desnudo, siempre lo muestra enfajado. Esta imagen está más cerca de lo que pudo ser el acontecimiento humano del nacimiento. En el s. III (y hasta casi el s. XVI), cuando los niños nacían se les enfajaba, se les envolvía con una tela como una forma de protección. Es a partir del s. XIII cuando comienza a representarse al niño desnudo con todos sus atributos masculinos para enfatizar el valor humano de ese dios que ha encarnado”

cuando se le representa con un manto o un ropaje morado. El morado es el color del sufrimiento. Ya sé que el artesano de hoy, de Murcia, de Trípoli o de la ciudad de Valencia en Venezuela, no es consciente de la simbología que está empleando.

La figura que realmente reivindica a José es Teresa de Jesús y es quien permite que frente a unas primeras representaciones de la Natividad en las que José está alejado, vuelva otra vez a un puesto de igualdad y, junto a su esposa, esté junto a su hijo. Tal como hoy lo ponemos en el belén.

Ⓡ Hablando de símbolos, ¿tiene algún significado el oficio que se le atribuye?

Efectivamente el oficio de José es un oficio simbólico. Él es carpintero. El primer epíteto que establecen los cristianos en torno a Jesús es que Jesús es la luz. La luz es el fuego y el fuego evidentemente es la vida. ¿Dónde piensan las culturas primitivas que se esconde el fuego? En el interior de la madera, ya que el fuego sale y nace de ella. ¿Y quién da forma a la madera? El carpintero. Luego, ¿quién educa al fuego? José.

Antes de que la Iglesia le condene, José tiene una participación tan importante como la de cualquier otro padre. Su función es educadora, es él quien educa a Jesús y, al educar a Jesús, el oficio que se le atribuye es el de carpintero.

Ⓡ Pasemos a hablar de María. ¿Cómo ha variado su iconografía a través del tiempo?

Las primeras imágenes de María son las representaciones de las iglesias sirias coptas. Se le representa tumbada en el suelo, sobre pajas o sobre una manta, reflejando que es una mujer cansada, agotada después del episodio del parto. También los bizantinos lo hacen de esta forma.

Como evidentemente la iglesia católica intenta, de una manera absolutamente tenaz y constante, desplazar la concepción humana el fenómeno del nacimiento de Jesús, el segundo elemento que se incorpora es María como trono. La María portadora de Dios: el “Theotokos”.

El tercero, que es bastante tardío y que no llega sino hasta el propio Renacimiento, es una María que adopta una posición de acompañamiento al niño, en una actitud que suele tener una vestimenta fija: normalmente el blanco (por simular la pureza) y el azul (por celestial) o el rojo (por ser quien encarna a Jesús); normalmente arrodillada, que es una postura de reconocimiento del valor divino del niño que ella acaba de parir; y con las manos en una posición que indicaba ante los reyes la condición de la sumisión, con un gesto que seguimos haciendo hoy cuando pedimos perdón y que estaba perfectamente reglado y tasado en los protocolos de la nobleza y la aristocracia medievales.

Ⓡ Y al niño, ¿cómo se le representa?

La primera tradición nunca muestra al niño desnudo, siempre lo muestra enfajado. Esta imagen está más cerca de lo que pudo ser el acontecimiento

humano del nacimiento. En el s. III (y hasta casi el s. XVI), cuando los niños nacían se les enfajaba, se les envolvía con una tela como una forma de protección. Es a partir del s. XIII cuando comienza a representarse al niño desnudo con todos sus atributos masculinos para enfatizar el valor humano de ese dios que ha encarnado. En esta representación se incorpora el elemento del frío, que no se deriva tanto de una interpretación sobre la época del año en la que este niño pudo nacer, sino de un elemento puramente simbólico y escenográfico. Lo que ese frío indica es el sufrimiento, es el hecho de que ese niño, por desnudo y desnudo por humano, está expuesto a la intemperie del mismo modo como todos los hombres lo estamos. Así, al destacar su desvalimiento se enfatiza la necesidad de que nosotros le acojamos y le demos calor.

Ⓜ ¿Qué nos puede decir de los pastores?

Inicialmente sólo se habla de tres pastores: Yosef, Isacio y Jacob. Por cierto sus reliquias parecen estar enterradas en el pueblecito español de Ledesma (Salamanca). Estos tres pastores representan las tres edades de los hombres. Así, a la adoración del niño acude la humanidad en su ámbito más menesteroso pero también como representación de las tres cohortes que componen básicamente la figura de los hombres en el mundo.

Luego, como ocurre en otras ocasiones, la iconografía ha ido avanzando y aportando un mayor número pastores. Cada uno de ellos es representante de un oficio y, de hecho, prácticamente todos los gremios están personificados en el fenómeno de la adoración a la Natividad. Pero, tal como vimos cuando analizábamos por qué se le atribuye a José el oficio de carpintero, cada oficio tiene un valor simbólico. Cuando se aproximen a un belén fíjense en qué objeto portan los pastores, porque cada uno inmediatamente les va a transmitir un simbolismo determinado.

Ⓜ Tenía un profesor que decía que los Tres Reyes Magos ni eran tres, ni eran Reyes ni eran Magos y por eso habría que trabajar el seis de enero. Me interesa el elemento fantástico que aportan los Tres Reyes Magos a la iconografía.

Toda la iconografía de la Natividad, y en general de la vida de Jesús, no nace

de los Evangelios canónicos sino de aquellos que le son anteriores: los apócrifos. Como éstos incorporan elementos de gran fantasía e imaginación, tienen para la Iglesia institucional una gran desventaja y es que están cargados de anécdotas y detalles que hacen a Jesús extraordinariamente humano y, al mismo tiempo, extraordinariamente fantástico. Yo les invitaría a leer, por ejemplo, en el *Pseudo-Mateo* (que es uno de los apócrifos) el episodio de la huida a Egipto. Es un pasaje verdaderamente fantástico donde en un momento determinado aparecen hasta dragones y donde se produce el milagro de la palmera que, al paso de la familia, se dobla para ofrecerle los dátiles al niño. Este tipo de narraciones ha sido radicalmente eliminado en los evangelios canónicos para producir un texto muy sinóptico, muy sintético y lo menos humano posible.

“Toda la iconografía de la Natividad, y en general de la vida de Jesús, no nace de los Evangelios canónicos sino de aquellos que le son anteriores: los apócrifos. Como éstos incorporan elementos de gran fantasía e imaginación, tienen para la Iglesia institucional una gran desventaja y es que están cargados de anécdotas y detalles que hacen a Jesús extraordinariamente humano y, al mismo tiempo, extraordinariamente fantástico”

Los evangelios apócrifos no hablan de reyes (una incorporación mucho más tardía, medieval), sino de sabios. Se trata de sabios que son capaces de interpretar los signos estelares y esto, obviamente, los conecta con las teorías mazdeístas, con Zoroastro, con el corazón de Persia.

En un inicio no eran tres sino innumerables, que además eran portadores de infinidad de regalos distintos. Pero conforme la Iglesia cambia y los vincula con el valor

simbólico de la verdad revelada, estos sabios pierden su categoría de magos, se convierten en reyes y se concretan en tres.

Eran tres porque representan las tres edades del hombre. Nosotros no los nombramos de cualquier forma sino de una manera determinada: Melchor, Gaspar y Baltasar; ese es el orden de las edades: primero el anciano, luego el adulto y luego el joven. Pero también eran tres por las razas y por los continentes que en ese momento se conocen. Por eso hay un rey negro, hay un rey asiático y hay un rey que podríamos llamar europeo.

Los tres regalos que traen están cargados de simbolismo: el oro es la riqueza que se vincula con su condición de Rey, el incienso establece la relación con su categoría de Dios y la mirra es la que anticipa la resurrección. Se trata de un bálsamo, un perfume que se utilizaba en el momento en el que fallecían las personas y que posteriormente fue asociado al fenómeno de la resurrección de Jesús.

Ⓜ Además de los personajes de los que venimos hablando, también en el belén aparecen de forma constante una serie de elementos arquetípicos. ¿Cuáles no pueden faltar?

En primer lugar, el espacio en el que se produce el nacimiento. Éste puede ser representado bien como una gruta, bien como una cueva, bien como un establo, o bien como una ruina (y esto es muy típico de los belenes napolitanos ya que cuando estos surgen, acaban de descubrirse las ruinas de Herculano y de Pompeya).

Luego está el río. Casi no hay niño que no ponga en un belén un papel de plata que figure un río. Como sabemos, el río es la vida. Incluso en los claustros siempre existe un espacio de agua que sería como la fuente del Edén.

En tercer lugar está el puente que conecta la realidad humana y la realidad divina, el mundo natural y el mundo sobrenatural. Le sigue el pozo, que simboliza a la Virgen en la medida en que es ella quien conecta el espacio superior con el espacio interior, la que permite que en el mundo de los hombres exista un dios. La fuente, por su parte, es el agua reparadora o reveladora, es el agua que nos limpia, que nos libra del pecado, que nos permite seguir teniendo una alianza con la divinidad. Éstos son básicamente los elementos de carácter simbólico que, sin





saber exactamente qué significan, la gente incorpora automáticamente en sus belenes.

ⓑ Y la cruz, ¿tiene cabida en el belén?

La cruz suele estar simulada o de algún modo bocetada en el propio nacimiento de Jesús: la posición de los brazos y del cuerpo del niño marcan una cruz como el anticipo de cuál va a ser su destino. Por ejemplo, en los belenes murcianos es muy frecuente situar al niño en una cunita de palos; esa cunita de palos suele incluir una cruz.

En muchos de los belenes renacentistas y barrocos se colocaba un fingimiento del Gólgota, en un segundo plano y en una parte superior, como queriendo decir: éste es el principio y aquél es el final de una historia. Concluyendo, el elemento de la cruz no es indisociable de la tradición belenística aunque hoy es poco frecuente.

ⓑ Junto a estos elementos regulares, también vemos que el belén es un espacio del sincretismo. ¿A qué motivo le atribuye Ud. esta característica?

¿Qué se cuenta en el nacimiento de Jesús? Que nace un niño. Precisamente por la simpleza de este hecho, quien crea un belén deja volar su imaginación. Su sencillez estimula que le vayamos incorporando todo un conjunto de elementos para hacerlo más comprensible, más propio y más ameno.

“En el belén se produce un juego en el que algo que teóricamente tenía una única función espiritual, de repente se transforma en un hecho etnográfico y antropológico de extraordinario valor”

No hay cultura en la que se realice un belén que no proyecte elementos de sí misma ni artesano que no se refleje en sus figuras. Esa es la parte que a mí me resulta más interesante. En el belén se produce un juego en el que algo que teóricamente tenía una única función espiritual, de repente se transforma en un hecho etnográfico y antropológico de extraordinario valor. Es como si el belén estuviera permanentemente abierto a incorporar en su seno el mundo que le

da origen. Por otra parte, toda nuestra realidad parece conciliable con esta narración. Y así es en China, en América, en África, en los países centroeuropeos... En todos lados.

ⓑ ¿Por qué es importante para el niño la experiencia de crear un belén?

Para el niño, el belén puede ser un juego. Un ejercicio de creación en el cual él crea con sus propias manos un mundo en tres dimensiones. Un belén es como una biblioteca personal: habla perfectamente del lector que la compone. Puedes conocer profundamente a un hijo a través de sus realizaciones artísticas, y el belén es una realización artística.

Además, el belén es un eslabón de una tradición cultural extraordinariamente diversa que, más allá del valor espiritual que cada uno le quiera conceder, tiene significados simbólicos de gran riqueza.

Como legado para nuestros hijos, me parece interesante reparar en el significado que tiene el ser capaces de mantener una tradición que está profundamente arraigada en la cultura española, y que desde España llega a otros territorios.

ⓑ ¿Tiene sentido que enseñemos a los niños a leer un belén?

Leer es observar, interpretar, comprender, valorar, asimilar y compartir. Para mí la lectura no es una maniobra de erudición o de sabiduría. Defiendo la lectura como una forma de enriquecimiento de vida, como una experiencia extraordinaria que permite hacer todo eso. Si las personas tienen, por su propia iniciativa, la necesidad de montar un belén, podemos darle unas determinadas informaciones y orientaciones para que profundicen en su contenido simbólico, antropológico, etnográfico, literario. Pero no se debe imponer el belén en la escuela pública. Creo que el belén se lleva fatal, como diría nuestro amigo Pennac, con el imperativo. No se puede obligar a nadie a montar un belén ni tampoco se debe hacer si ofende a alguien.

ⓑ Por último, recomiéndenos un libro.

Historias de la Navidad de Truman Capote, publicado por Anagrama. Maravillosos cuentos que sin hablar del belén hablan de la Navidad, porque la Navidad, si es algo, es la oportunidad de renacer. ◀

Todas las imágenes de la entrevista corresponden a piezas de la colección de belenes Basanta-Martín